



*A Francisco Estrada,
mi bisabuelo,
que abrió el camino.*







Y semejante a la llama
Que sigue al fuego en su mudanza
Sigue al espíritu su forma nueva
Y cuando ha tomado su apariencia
Es llamada sombra.

El Purgatorio.
CANTO XXV (DANTE)







Sombras somos
y sombras
perseguiamos.

BURKE







PRIMERA PARTE







I

Atrapado por el encanto del delicioso jardín florentino, abrí de par en par una ventana del apartamento. Varios puntos de luz resaltaban su trazado. El resto permanecía sumido en la penumbra. Lo asocié enseguida con el botánico de la casa de los Maruján, y deduje que había viajado desde la Toscana hasta Andalucía hacía un siglo, dibujado en la mente de alguien que debió de contemplarlo durante años. Aquel descubrimiento comenzaba a despejar una de las claves del misterio que yo pretendía resolver en la ciudad.

Una hora antes, había descendido del tren en la estación, y al abandonarla, rechacé tomar un taxi. Acababa de anochecer y caía una fina lluvia. No obstante, Florencia presentaba un aspecto tan familiar y triste que me impulsó a caminar por sus calles con mi pequeña maleta, el paraguas abierto y una ligera bolsa de viaje colgada del hombro.

Sin apenas prestar atención a la belleza de lo que iba surgiendo ante mis ojos, poco después, pasé entre el Batisterio y Santa María del Fiore, empequeñecido por la abrumadora presencia de ésta, que devoraba la plaza e imponía el pasado sobre el presente, y desvié la mirada del Campanario mientras escuchaba el repique de mis pasos en el pavimento de piedra, pulimentado y oscurecido por la lluvia, como si proviniera de una visita anterior, perdida en la memoria, y yo regresase con él tras una larga ausencia. Por supuesto, no igno-





raba el camino que había de seguir porque, como hombre meticulado que soy, una herencia de mi antiguo trabajo de funcionario, durante el viaje en tren desde Roma, había repasado el mapa y memorizado el recorrido a través de la ciudad hasta llegar al palacio Pisani-Forni, en una de cuyas alas se encuentra el apartamento. La distancia no era excesiva y yo acostumbraba a recorrer cada día varios kilómetros por consejo de mi médico. Sólo pretendía hacer bien un trabajo pendiente y que la ciudad no influyera en la empresa que me había conducido hasta allí ni en la decisión que, cumplida la misma, yo debía tomar.

Quizá fuera ésa la razón de que rechazase aquella familiaridad espontánea, mi desenvoltura excesiva en un espacio urbano en el que ponía el pie por primera vez. A pesar de ello, continuaba avanzando con seguridad, como si el mapa que llevaba en la bolsa coincidiese con la imagen de otro, almacenado en el subconsciente. Aunque fuesen figuraciones, fantasías, no resultaban desproporcionadas si las comparaba con el giro de timón que había sufrido mi vida en el breve plazo de un año. Saltar de la certeza y de la rutina a un estado de duda permanente, en el que las posibilidades se abrían en abanico, me colocaba en una posición incómoda justo cuando deseaba lo contrario: vivir sin inquietud, en la paz del retiro.

Me detuve en una encrucijada de la vía Ghibellina y miré de soslayo a mi derecha, hacia el fondo de una calle. Al divisar parte de las naves de una iglesia, dije para mí, «Santa Croce», en tanto descubría, a lo lejos, la fachada y el escudo del palacio Pisani-Forni. Poco después, con la llave que me facilitó el vigilante, que se deshizo en excusas por no poder acompañarme, puesto que al ser domingo se hallaba solo en el museo, subí al apartamento.

Tras cerrar la ventana del jardín, abrí, enfrente, las dos hojas de una puerta con postiguillos. Desde la balconada contemplé los tejados rojizos de Florencia y al apoyarme en la baranda se amplió la perspectiva. La cúpula del Duomo y los últimos arcos del Campanario quedaron al descubierto.





Parecían custodiar desde su altura la ciudad. Volví entonces la mirada hacia dentro y una sensación de vértigo se adueñó de mí. ¿Venía a desvelar un misterio o, en realidad, todo era una excusa? Tal vez al seguir los pasos de otro había logrado la coartada perfecta para perseguir mi sombra sin sufrir ansiedad, con ese sigilo profesional que durante años había sido mi norma de conducta, la regla para no plantearme esas preguntas enojosas de los que deciden en materia de leyes, de negocios o de la propia vida.





II

El extraño proceso de mi enfermedad se había iniciado, dos años antes del viaje a Florencia, de un modo engañoso, que no presagiaba lo que acontecería después.

Una tarde, en tanto paseaba por las calles concurridas de una ciudad, próxima a la de mi residencia, adonde solía trasladarme para disfrutar las vacaciones alejado de mi entorno cotidiano pero sin tener que desprenderme de hábitos y costumbres, comencé a sentir un ligero malestar, al que se sumó, ya de noche, la fiebre. Procuré no conceder importancia a tales síntomas, puesto que representaban una amenaza para unas jornadas de placentera libertad, y mantuve el programa trazado. Pese a la firmeza de mi resolución, acudí a la consulta de un médico cuando las molestias se transformaron en un dolor difuso. El doctor me recetó un antibiótico y atribuyó el cuadro clínico a las consecuencias de «ciertos excesos», no cometidos por mí, a los que invitaba la primavera. Por desgracia, su diagnóstico no fue acertado. Al cabo de cuarenta y ocho horas me encontraba tan mal, que decidí regresar a la ciudad donde vivía. Pronto el dolor se tornó insufrible y los calmantes ineficaces para combatirlo. Tras ser ingresado en una clínica y puesto en observación, practicadas numerosas pruebas y efectuados los oportunos análisis, detectaron graves deficiencias funcionales en diversos órganos, que me condujeron a una situación de salida problemática. Mientras veía barajar teorías



sobre el origen de aquel mal, el dolor alargaba el tiempo hasta límites difíciles de concebir. Los segundos goteaban de los botes de suero e iban deslizándose por delgados catéteres de plástico para entrar en mi cuerpo. Cuando llegaba la noche y las visitas se marchaban, permanecía encogido y sudoroso. El paraíso era la ausencia, una ausencia en la que mujeres jóvenes introducían los brazos con calmantes y termómetros.

No sé por qué alguna vez surgía en mi mente la imagen de la capilla del tanatorio donde, meses antes, se habían celebrado las honras fúnebres que precedieron al entierro de un compañero de trabajo, fallecido de un ataque cardíaco. Me acordaba menos de la ceremonia —que enseguida concluyó a fin de que el féretro fuera sustituido por otro y por un nuevo grupo de familiares y allegados— que de mí mismo, sentado en uno de los bancos y percibiendo bajo los pies la trepidación del metro que corría por túneles subterráneos.

Durante dos meses, que para mí significaron años, me debatí entre la vida y la muerte, deseando la segunda como un descanso. Sin embargo, en contra de todo pronóstico, fui recuperándome de modo natural y, aun mermado y con limitaciones, abandoné la clínica.

Postrado en un cómodo sillón de la terraza de mi apartamento, comprendí lo que era la felicidad: no sentir dolor. Poco importaba lo que ocurriese al día siguiente. Si la muerte llegaba así, sería extremadamente dulce, como la brisa que hacía cimbralear las palmeras al tiempo que acariciaba mi cuerpo y me traía la humedad del mar.

Comencé a registrar pronto cambios inesperados. Disfrutaba paladeando el más sencillo alimento, y cuando tuve la fuerza necesaria para dar mis primeros paseos, adquirí la costumbre de internarme por los barrios más humildes y observar los pequeños comercios, las casas, los ciudadanos que iban y venían, sumidos en sus afanes y tareas. Quise volver a ser uno más entre ellos y experimentar una especie de anulación, de huida de la subjetividad, del sufrimiento, y regresar a las rutinas de mi trabajo de funcionario; pero el especialista que





me atendía fue radical. Los desplazamientos continuos a que me obligaba aquél eran incompatibles con el estado de mi organismo, y la ansiedad, en los momentos de mayor labor, resultaría una carga insoportable. A pesar de ello, me empeñé en ejercer mi profesión. El médico, con escepticismo, me concedió el alta.

No empleé mucho tiempo en comprobar que era él y no yo quien estaba en lo cierto. Tras sufrir una ligera crisis fui ya consciente de que el proceso podría repetirse pero con un final no muy halagüeño. Mas aquel retorno, al menos, me sirvió para calibrar algo más que mi menguada salud. Mi mente, que antes sólo se ocupaba de ejecutar su labor sin atormentarse con otras consideraciones, pasó a sufrir un acoso. No sabía por qué, después de tantos años de función pública, de la realización de trabajos que exigían entereza y obediencia ciega a la ley, recordaba de modo casi obsesivo el rostro de varios trabajadores extranjeros que, en el período de reincorporación al servicio, al atender una denuncia anónima, había descubierto en las cocinas de un restaurante indio. Sus ojos, oscuros y brillantes, como de fiebre, no me permitían conciliar el sueño. Me preguntaba qué tenían aquellos ojos que no hubiesen tenido antes los de otros trabajadores clandestinos, provenientes de África o de Sudamérica. Yo no era más responsable de las leyes que cualquier ciudadano, aunque me ocupase, con la ayuda de la policía, de iniciar unos expedientes que terminaban al pie de la escalerilla de unos aviones que devolvían a dichos trabajadores a lejanos países de los que, con frecuencia, sólo conocía el nombre. Creí identificar la causa de aquella desazón al relacionarla también con un recuerdo: el del primer día que pude levantarme de la cama en la clínica y entrar en el cuarto de baño. En el espejo comprobé con asombro que mi rostro ya no era el mismo de apenas unas semanas antes. No se trataba de que se hallase demacrado, de las profundas ojeras o de su extremada delgadez. La huella del dolor, patente e inconfundible, se había mezclado con algo en la mirada que yo no reconocía.





Durante la estancia en la clínica me había empeñado en tener siempre en la mesilla de noche un frasco de colonia en el que mojaba el pañuelo y, con él húmedo, me refrescaba la frente y restañaba el sudor que iba perlándola conforme disminuía el efecto de los calmantes. Acabada la operación solía colocarlo en el bolsillo superior del pijama y tiraba de sus picos para que sobresalieran. Lo hacía sin premeditación, y no obstante, mi mano viajaba hacia él en cuanto advertía la presencia de una visita, de cualquier persona que echase una mirada al interior de aquella desnuda estancia. Por supuesto, sabía lo que era un hospital y lo que allí ocurría; pero no aceptaba la degradación. No me importaba que la enfermedad dejase su sello en mi rostro. Eso no podía remediarlo, no estaba en mi mano. En cambio, todo dependía de aquel pañuelo, que alguna enfermera, en revoloteo a mi alrededor, alisaba con ternura.

La mirada de los hombres que yo expedientaba y devolvía a sus respectivos países tenía mucho que ver con lo que descubrí en la clínica, en el espejo del cuarto de baño. Pero yo no obré con las víctimas de mi marcado celo profesional como las enfermeras lo hacían conmigo. Ni siquiera sé si les sonreí o les tendí un cigarrillo cuando lo inevitable se aproximaba.





ÍNDICE

PRIMERA PARTE	13
SEGUNDA PARTE: FLORENCIA	105
EPÍLOGO	186

